
Macmillan, Margaret, *La guerra. Cómo nos han marcado los conflictos*, Madrid, Turner, 2021, 326p. ISBN: 9788418428463. 22,90€ 

Índice. Introducción. I. La humanidad, la sociedad y la guerra. II. Razones para la guerra. III. Recursos. IV. La guerra moderna. V. La forja del guerrero. VI. El combate. VII. Civiles. VIII. Controlar lo incontrolable. IX. La guerra en nuestro imaginario y en nuestra memoria. Conclusión. *Agradecimientos. Bibliografía. Créditos de las imágenes.*

Por muy cínico que pueda parecer, la guerra está de moda, despierta un interés considerable y, dada semejante demanda, la oferta de libros al respecto es igualmente amplia. Valgan como ejemplos del último lustro los de José Carlos Bermejo Barrera, *Las guerras de la doble moral: una retórica de la guerra* (2023), Juan Bautista Galán Torres, *La guerra en la historia* (2022), Beatrice Heuser, *War: a genealogy of western ideas and practices* (2022), Gwynne Dyer, *Breve historia de la guerra* (2022), Jay M. Winter, *The cultural history of war in the twentieth century and after* (2022), Ian Morris, *Guerra, ¿para qué sirve?: el papel de los conflictos en la civilización, desde los primates hasta los robots* (2022), Fernando Calvo González-Regueral, *Homo bellicus: una historia de la humanidad a través de la guerra* (2021), François Pernot, *Histoire de la guerre: de l'Antiquité à demain* (2021), Gastone Breccia, *La grande storia della guerra* (2020), Jeremy Black, *War and its causes* (2019); David García Hernán, *La guerra y la paz: una historia cultural* (2019); Anne Lehoërf, *Par les armes: le jour où l'homme inventa la guerre* (2018), y tantos otros que se podrían añadir. Lo significativo es que tratan, como el de Margaret Macmillan, de la guerra como fenómeno, no de una guerra en particular.

Y detrás de esta floración no está únicamente la aparición de conflictos bélicos en los aledaños del mundo occidental, por más que este sea un motivo de peso. Los anhelos de un mundo sin combates sangrientos, ofrecido como una posibilidad tras la caída del telón de acero, se han mostrado ilusorios, pura utopía, y la guerra sigue campando entre nosotros, próxima y desarrollada con la habitual carga de dolor y excesos, tanto más terrible cuanto mayores habían sido las esperanzas de su proscripción. Y a la constatación de su actualidad le sigue la búsqueda de razones, el intento de comprender por qué, pese a los alardes de racionalidad, sigue estando presente y desarrollándose de un modo que cualquier ser humano de hace dos milenios reconocería de inmediato de qué se trataba si la tuviera delante. En buena medida, la proliferación de libros sobre la guerra responde al intento de comprender un fenómeno tan humano como la agricultura, como los ritos iniciáticos, como la música.

Y en este marco cabe insertar el libro de la profesora Macmillan, una síntesis que parte de la convicción de que para entender el pasado humano hay que tener en cuenta la guerra, mucho más, al menos, de lo que se la ha tenido en cuenta hasta el momento, según resalta la autora en varias ocasiones. Y no se trata tanto de la guerra en particular, de los acontecimientos bélicos, fundamento de lo heroico y de tantas naciones cuyo mito originario radica en un conflicto bélico. Se trata del fenómeno, del concepto, de la idea



Universidad
de Navarra

— FACULTAD DE
FILOSOFÍA
Y LETRAS

— DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFÍA

RECENSIONES

de guerra, tan aparentemente unívoco como particular en cada una de sus formulaciones. No estamos ante un libro en el que se hable de esta o aquella guerra, de sus batallas, protagonistas, causas y consecuencias, cuanto del fenómeno que llena todos los idiomas con sus expresiones, cuya presencia en nuestras sociedades se ve reflejada en calles y plazas, en el recuerdo familiar y en la política, en las artes y en los museos que las contienen, en las festividades que potencian las memorias colectivas. En una edición muy cuidada, incluyendo imágenes de calidad, tal vez lo más llamativo resulte que textos de origen clásico, griegos, latinos o de otros idiomas distintos al inglés, se coloquen en traducción inglesa a pie de página (pp. 180, 278, 288, 289, 299).

La guerra, como señala la autora, que pese a la imagen de caos que la acompaña, «tal vez sea la más organizada de todas las actividades humanas, y a su vez ha estimulado una mayor organización de la sociedad» (p. 20). La guerra como bien, como estímulo, y la guerra como mal supremo, la guerra como algo omnipresente, idiosincráticamente humano, pero a la vez misterioso, necesitado de explicación.

Margaret Macmillan busca dar esta explicación en un libro que es el fruto de años de reflexión sobre la guerra, especialmente sobre el primer conflicto mundial, pero sin particularizar en él ni en ningún otro dentro de estas páginas, buscando explicar la relación del ser humano con la violencia desde sus albores, en una relación que solo parece entenderse desde la predisposición a matarse entre sí. Sin embargo, y pese a la multiplicidad de razones para la guerra, resalta algunas que se reiteran: la codicia, la autodefensa y los sentimientos e ideas (p. 55), entre los que puede darse la que llama la trampa de Tucídides: «cuando una potencia en alza hace sombra a una potencia establecida, hay muchas probabilidades de que estalle una guerra» (p. 59). Siendo muy amplios en la definición, las razones para la guerra son múltiples, desde las más banales a las más trascendentes en apariencia —incluso las inexistentes, centradas en el conflicto por sí mismo—, incluyendo las guerras civiles, muy frecuentemente crueles porque afectan a la propia naturaleza de la sociedad en lucha (p. 62).

En definitiva: «¿La guerra es algo inevitable, o bien algo que hemos construido a través de ideas o cultura?» (p. 26). ¿Somos hoy más violentos? ¿tenemos más predisposición hacia la violencia ahora o la hemos reducido? Pueden parecer preguntas retóricas, pura discusión bizantina, pero si algo muestra la proliferación de textos sobre la cuestión, es la preocupación ante una tendencia difícil de erradicar entre los humanos, ¿inserta tal vez en nuestros genes? Y es que matamos con más facilidad y pericia conforme nos civilizamos, si seguimos a Norbert Elias, introduciendo normas en un fenómeno que se asocia con el caos, pese a los ejemplos de civilizado enfrentamiento del siglo XVIII. Y es que, como recoge en el capítulo VIII, la preocupación por establecer reglas y orden en la violencia, no deja de ser una paradoja bien reflejada en una cita de Pancho Villa: «Me parece una cosa graciosa, hacer reglas sobre la guerra. No se trata de un juego. ¿Cuál es la diferencia entre una guerra civilizada y cualquier otra clase de guerra?» (p. 238). Pero la constatación de lo paradójico no ha impedido que se siga hablando de guerras justas e injustas, de legitimidad o ilegitimidad, de los principios reguladores y su subversión, del trato a los prisioneros o de la consideración o no de los combatientes como tales, de la limitación en el uso de determinado tipo de armas o de las responsabilidades individuales

RECENSIONES

y colectivas por los conflictos. Para todo ello se trazaron normas, en muchos casos sistemáticamente ignoradas o subvertidas sin recato.

De hecho, la guerra puede generar avances y mejoras a todos los niveles: ciencia y tecnología, medicina, derechos sociales generales y particulares, como en la mujer, igualdad y crecimiento económico y un largo etcétera. Incluso incrementa los anhelos de paz y el rechazo a los conflictos mientras consolida Estados y les proporciona legitimidad... y nuevos deseos de hacer la guerra, por lo que las presuntas ventajas, por muy reales que puedan llegar a ser, no logran ser el argumento para defenderla.

De hecho, las sociedades hacen la guerra de acuerdo a sus propios valores, creencias e ideas, señala Macmillan, a lo que contiene su cultura e incluso al marco geográfico que les encierra. Y en cualquier caracterización global como sociedad guerrera colabora toda la sociedad, no solo quienes habitualmente las han protagonizado: los hombres. De hecho, en ellas se alimentaba a sus retoños con los relatos de combates y enfrentamientos reflejados en todos los espacios de la cultura popular, y en una agresiva iconografía bélica, con el heroísmo asociado al enfrentamiento bélico, con la atribución de un tono épico y glorioso a las narrativas del pasado. Durante décadas se infiltraba una imagen positiva de la guerra en la sociedad civil que, llegado el momento, reaccionaba positivamente a la llamada a las armas. Este «militarismo banal», si parafraseamos a Michael Billig, llevó, por ejemplo, al entusiasmo bélico del verano de 1914: «el arte puede preparar psicológicamente al público para la guerra» (p. 281). Por tanto, todo contribuye: «Las artes pueden empujarnos a la guerra, como sucedió antes de la Primera Guerra Mundial, o ayudar a ponernos en su contra, como hicieron después. Nos ayudan a asimilarla, recordarla y conmemorarla» (p. 271). Buena parte de la utilidad de las representaciones realizadas sobre la guerra radica en la posibilidad de experimentarla sin vivirla. Hacer que los no combatientes se sumen al objetivo que las origina y celebren con entusiasmo su desarrollo, idealizando componentes como el honor y la gloria, ha sido una consecuencia, pero también una causa de la relación entre las artes y la guerra. Pero también puede ocurrir a la inversa, y, como ha ocurrido a partir de la I Guerra Mundial, las artes hayan tendido a mostrar todo su horror para repudiarla con repugnancia, algo que quedó reflejado en la evolución de los monumentos funerarios, como ya reflejaron Reinhart Koselleck o Jay Winter, entre otros, o en los actos e instituciones dedicadas a su conmemoración.

Pero, además, las guerras fueron objeto de una reconcentrada atención con el fin de averiguar las claves del éxito militar, de ahí la proliferación de «artes de la guerra», desde Sun Tzu a Clausewitz, pasando por todos y cada uno de quienes buscaron la piedra filosofal de la victoria guerrera. Al final, una parte importante del éxito fue debido al empleo de innovaciones decisivas, que Macmillan resume en tres: la aparición del metal, la domesticación del caballo y la llegada de la pólvora (p. 85). En definitiva, se trataba de aplicar y aprovechar los recursos —materiales y humanos, y estos según su habilidad o su inteligencia— para obtener ventajas decisivas. Pero esto no era fruto del azar, sino de una creciente complejidad social, generadora de Estados fuertes capaces de controlar la sociedad, convencerla de la bondad de su causa y estimular su entusiasmo, además de ser capaces de conocer y movilizar los recursos necesarios.



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA DEL ARTE
Y GEOGRAFIA

RECENSIONES

Este estadio bélico se asocia a la guerra moderna, que en muchas ocasiones se ha vinculado a la batalla de Valmy, que enfrentó a franceses y prusianos el 20 de septiembre de 1792, un ejército de ciudadanos frente a otro profesional, un conjunto de enfervorizados defensores de una causa frente a combatientes temerosos de las represalias de sus oficiales: «Un soldado —decía Federico el Grande— debe tener más miedo de su oficial que del enemigo», y Trotski añadía: «Un soldado tiene que elegir entre una muerte probable si avanza y una muerte segura si retrocede» (p. 171). Con un nacionalismo que hizo entrada estrepitosa en la guerra para justificar la nación y sus objetivos —además de demonizar a los oponentes—, la revolución industrial que la tecnificó e incrementó la eficacia de las armas y los cambios sociales generalizados que introdujeron a los civiles en campaña, los conflictos se convirtieron en asunto de todos, no solo de unos pocos. Aumentaron las cifras de integrantes de los ejércitos y la opinión pública se hizo presente, reclamando información de lo que ocurría —prensa y corresponsales de guerra— y buscando participar. Los Estados tuvieron que adoptar medidas para restringir la información o intervenirla, para ganarse a la población y convencerla de la bondad de su causa. Hubo de echar mano cada vez más de la propaganda. Además, la mejora armamentística comenzó a dejar de lado el lema napoleónico de la ofensiva por encima de todo, para pasar a ser más defensiva mientras no aparecieran innovaciones bélicas capaces de superar esas protecciones, como la aviación, o la velocidad del avance motorizado. Con ello la guerra se hizo total, cada vez más alejados los conflictos de la «civilizada» confrontación dieciochesca. Si los civiles participaban cada vez más activamente en el esfuerzo de guerra, también ellos se convertían en objetivos legítimos.

¿Qué hacía entonces luchar a los individuos concretos? Las razones, señala la profesora Macmillan, son múltiples, desde la codicia, a la paradójica seguridad del grupo y las normas, la aventura, el reto, o todo aquello que resalte la masculinidad, como rasgo primordial del mundo militar durante buena parte de la historia. La entrada de las mujeres en este reducto varonil solo se ha comenzado a romper bien avanzado el siglo XX, aunque con reticencias, como mostraba Svetlana Alexiévich en su *La guerra no tiene rostro de mujer* (2013). Incluso su colaboración en tareas de retaguardia o en el mantenimiento del esfuerzo industrial, chocó con la incompreensión y el rechazo.

Detrás de ello estaba otra cuestión crucial en la identidad masculina, ¿qué les hacía valerosos —o cobardes—? ¿dónde radicaba la heroicidad? Y en muchas ocasiones los modelos procedían de la literatura, de los clásicos difundidos en la enseñanza escolar. Pero, además, la pericia en el combate partía del entrenamiento, de la interiorización de la estructura jerárquica y el respeto a la misma, de los lazos de camaradería establecidos. El objetivo de matar dentro de un orden, de acuerdo a normas, era el ideal. Reprimir los excesos, la sed de sangre de la que habló Joanna Bourke, sería el propósito esperado. Pero, ¿se puede controlar la violencia si se desataba en medio del combate? Y es que la experiencia del frente resulta sumamente compleja, con una mezcla de aburrimiento y espera, con miedo cerval y omnipresencia de la muerte, los rezos, juramentos, lamentos y esperanza, matar y destruir como actos legítimos, normalizar lo excepcional e incluso lo aberrante en la vida cotidiana, y acabar disfrutando de la experiencia bélica, por paradójico que pueda parecer. Frente a ellos, varones legitimados para cometer cualquier exceso, unos civiles que los sufren. Y es que pese a la idea de que la guerra debiera ser

RECENSIONES

solo terreno de soldados, la realidad, especialmente con la guerra moderna, hizo que todos se convirtieran en objetivos válidos, es más, que los civiles fueran el destino de un terror debilitador del conjunto. El odio fue una de las armas que con más fruición se empleó para derrotar al contrario, justificando su eliminación sistemática por medio de una brutalidad invariable y llevando a muchos de ellos a sumarse al combate, también por odio o por mera supervivencia.

¿Cómo afrontar un fenómeno tan complejo y omnipresente, bien como realidad o como recuerdo? Habitual entre los humanos, la guerra no parece próxima a su desaparición y eso lleva a Margaret Macmillan a avanzar previsiones, no precisamente halagüeñas, dados los avances técnicos, el desvanecimiento de los límites entre combatientes y no combatientes o de los espacios de combate, el componente urbano de los conflictos y otros factores imprevisibles. Pero al final, concluye, «al entender la guerra, entenderemos algo de la condición humana, nuestra capacidad de organizarnos, nuestros sentimientos e ideas, y nuestra capacidad para la crueldad y para el bien. [...] Hoy, más que nunca, tenemos que pensar en la guerra» (p. 306). Y este libro es una buena puerta para ello, principalmente porque plantea preguntas y elementos para la reflexión. Una buena introducción al tema.

Margaret Macmillan, historiadora canadiense (1943), es profesora emérita de historia en la Universidad de Toronto y de historia de las relaciones internacionales en Oxford. Su investigación se ha centrado en la historia imperial británica y en la historia de las relaciones internacionales de los siglos XIX y XX. Entre sus publicaciones destacan *París, 1919: seis meses que cambiaron el mundo* (2005), *Women of the Raj* (2005), *Nixon in China: the week that changed the world* (2006), *Stephen Leacock* (2009), *Juegos peligrosos: usos y abusos de la historia* (2010), *1914, de la paz a la guerra* (2013), *History's People: Personalities and the Past* (2016, traducida en 2017), *The Lion's Cub: Canada and the Great War* (2019).

Francisco Javier Caspistegui
Universidad de Navarra

 <https://orcid.org/0000-0002-6754-5756>



Universidad
de Navarra

FAULTAD DE
FILOSOFIA
Y LETRAS

DEPARTAMENTO DE
HISTORIA
DEL ARTE
Y GEOGRAFIA